

La presencia de Dios

Introducción

El vivir en la continua y amorosa presencia de Dios, junto con el ofrecimiento de obras y el usar para la propia santificación los mismos medios que usamos para la santificación de los demás, es uno de los tres fundamentos de nuestra vida de oración. Dice el reglamento:

“Nuestro espíritu, que se nutre y aprende en la vida pública del Señor, se expresa en: - La vida de oración, en la que buscamos tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2, 5). Se basa en la continua y amorosa presencia de Dios, en hacer todo por Jesús, con Jesús y en Jesús, y en usar para nuestro crecimiento espiritual, los mismos medios que usamos para la santificación de los demás” (n. 5).

“En la nueva Alianza, la oración es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo. La gracia del Reino es ‘la unión de la Santísima Trinidad toda entera con el espíritu todo entero’. Así, la vida de oración es estar habitualmente en presencia de Dios, tres veces Santo, y en comunión con Él” (CEC, n. 2565).

El objetivo de este artículo es profundizar en el significado de la presencia de Dios, intentando precisar el sentido en que nosotros entendemos esa presencia, para poder participar así más hondamente en la oración de Cristo.

Al comienzo, me pareció oportuno desarrollar una visión sapiencial sobre la presencia de Dios que integrara de algún modo la formación filosófica, para poner la inteligencia al servicio de la fe y unificar de este modo dos ámbitos que podrían quedar como compartimientos estancos.

La siguiente sección desarrolla los requisitos y condiciones previas para poder captar la cercanía y la amistad de Cristo: el silencio, el recogimiento, los medios de piedad.

Con ello estamos listos para abordar los dos capítulos centrales: sobre los distintos modos en que percibimos desde la fe la presencia del Señor, y sobre los medios para desarrollar una fe más viva en esa presencia.

El fruto de una lectura depende siempre del espíritu con que se la lea; tratándose de un punto central de nuestras constituciones, creo que es muy conveniente una lectura detenida y orante que nos lleve a juzgar y a orientar nuestra oración cotidiana más en conformidad con la oración del Señor Jesús y del ideal de vida misionera.

1. Dios es trascendente y presente a cada criatura.

Uno de los atributos de Dios que más se destacan en la Sagrada Escritura, en especial en el Antiguo Testamento, es su santidad, su trascendencia absoluta de todas las cosas creadas.

Mientras que en las mitologías de los demás pueblos de la antigüedad los dioses tenían figuras de animales y hombres, estaban sujetos a las pasiones humanas y hasta los héroes de sus gestas eran considerados descendientes de los dioses, para el pueblo de Israel Dios estaba por encima de todas las cosas. Yahveh era el Dios vivo, el creador del cielo y de la tierra, el tres veces santo, más poderoso que todos los dioses.

La concepción de Dios que tenían puede aclararse atendiendo al modo en que consideraban la creación. Para el pueblo elegido, las cosas son buenas en sí mismas, porque han sido modeladas por la mano de Dios, y fueron queridas por su voluntad. No hay nada de negativo en el mundo material. El relato de la creación del Génesis afirma al final de cada día de la creación: “Y vio Dios que era bueno, que estaba bien”. Esta actitud contrasta, por ejemplo, con el pensamiento griego, en el que con frecuencia se advierte una concepción negativa de la materia, asociándola con el origen del mal o, al menos, como un obstáculo para el espíritu.

Sin embargo, la valoración positiva del mundo material estaba lejos de llevar al israelita a divinizar las cosas, como hacían los pueblos vecinos. En su cosmovisión, ellos han des-demonizado el mundo, lo han presentado claramente como hechura del Señor; las cosas no estaban, en realidad, "llenas de dioses", como había afirmado Tales, sino que obraban según la medida y las fuerzas que el Creador había asignado a cada una.

También el hombre tiene en el Antiguo Testamento una posición singular. Él ha sido creado a imagen de Dios, hecho poco inferior a los ángeles, coronado de gloria y esplendor (cf. Sal 8). Es la creatura más perfecta y acabada, la obra consumada de Dios, la que mejor refleja su poder y su majestad. Pero, al mismo tiempo, el israelita sabe que el hombre no es más que polvo y que, por lo tanto, sus días están contados. "¿Qué es el hombre para que te fijes en él?", exclama el salmista (Sal 8). El AT destaca, por otra parte, que es el hombre el que ha introducido el mal y el desorden en el mundo; él es el responsable, y no Dios, de los sufrimientos e injusticias que lo afligen y lo dejan perplejo. El creyente sabe bien que Dios lo sobrepasa infinitamente. Los caminos de los hombres son muy distintos de los caminos de Dios, sus pensamientos no son los pensamientos de los hombres.

De ahí que la actitud adecuada del justo frente a Dios sea la adoración y la reverencia. El principio de la sabiduría consistía en el temor del Señor, disposición interior que se exteriorizaba en el respeto escrupuloso por las cosas sagradas y en el temor reverencial por pronunciar el Nombre del Altísimo, revelado a Moisés.

En el relato de la intercesión de Abraham por Sodoma es llamativa la actitud audaz a la vez que humilde del patriarca, quien reconoce su bajeza y su indignidad para dirigirse al Señor:

"Entonces Abraham dijo: 'Yo, que no soy más que polvo y ceniza, tengo el atrevimiento de dirigirme a mi Señor. Quizá falten cinco para que los justos lleguen a cincuenta. Por esos cinco, ¿vas a destruir toda la ciudad?'" (Gn 18, 27-28).

En el pasaje de la zarza, Dios llama a Moisés desde el fuego; al acercarse, el Señor le dice: "No te acerques hasta aquí. Quitate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa". Luego siguió diciendo: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". Moisés se cubrió el rostro porque tuvo miedo de ver a Dios" (Ex 3, 5-6). Para los judíos, en efecto, nadie podía ver a Dios y seguir viviendo. Su cercanía despertaba un temor sacro, un escalofrío, cuyo eco aún se percibe claramente en el Evangelio, cuando Pedro, ante el milagro de la pesca, pide a Jesús lleno de temor: "Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador" (Lc 5, 8).

En estos pasajes vemos el agudo sentido que el pueblo de Israel tenía de la santidad de Dios. La categoría de lo "santo" tiene para nosotros una resonancia principalmente moral. Santo es el hombre virtuoso, el que cumple los mandamientos. En la Biblia conserva su sentido originario. La santidad es un atributo que corresponde solamente a Dios, y que señala que Él está separado de todo lo demás. Es "el absolutamente Otro", es decir, no hay entre las cosas creadas nada que, en sentido estricto, se le asemeje siquiera. Los salmos abundan en expresiones que resaltan la gloria incomparable de Dios, su realeza sobre todos los pueblos, su majestad y su poder. "Las montañas se derriten como cera delante del Señor, que es el dueño de toda la tierra" (Sal 97, 5).

Puede objetarse que esta actitud ya no corresponde a la relación del cristiano con Dios. Pero esto sólo sería cierto de un temor de Dios desprovisto de confianza filial. El auténtico temor de Dios, que consiste en la reverencia ante su majestad, en un respeto profundo por todo lo que se refiere a Él y a su culto, en mantener viva la conciencia de su santidad y de nuestra indignidad, y es, por lo tanto, un elemento que siempre puede entrar en la relación del hombre con Dios, incluso para el cristiano.

Refiriéndose a este tema, Newman escribe lo siguiente: "Los sentimientos de temor y de "lo sagrado", ¿son sentimientos cristianos o no? Nadie puede dudar razonablemente de ello. Son los sentimientos que tendríamos, y en un grado intenso, si tuviésemos la visión del Dios soberano. Son los sentimientos que tendríamos si verificásemos su presencia. En la medida en que creemos que está presente, debemos tenerlos. No tenerlos es no verificar, no creer que está presente" (John H. Newman, *Parochial and plain sermons*, 5, 2, pp. 21-22; citado en CEC, n. 2144). La última frase no deja dudas de que para Newman no sólo es lícito al cristiano vivir en

el temor del Señor, sino que incluso carecer de este temor sería síntoma de una fe debilitada que no percibe la presencia de Dios. El temor de Dios no sólo puede existir en la conciencia del cristiano, sino que, para que ésta se sitúe verdaderamente en la presencia del Padre, debe ser así: quien cree vivamente que está en presencia del Señor, a la vez que entabla una relación de amistad con él, no deja de experimentar ese singular temor frente al misterio tan grande del Dios vivo.

La percepción clara de la santidad de Dios nos debe ayudar para vivir en su presencia de manera adecuada. Sabemos de algunas formas erróneas de entender esa presencia, precisamente porque eliminan la visión de la trascendencia de Dios, de su santidad; así sucede, por ejemplo, en quienes, influidos por la New Age, tienen una concepción panteísta que elimina la distancia entre el Creador y las creaturas. La presencia de Dios en cada cosa termina por ser confusión con ellas y con el propio yo.

La oración cristiana, como expresión de una fe recta, debe volver siempre sobre esta afirmación del Dios tres veces Santo que está por encima de todo. Tomemos como ejemplo el Padrenuestro, que condensa el espíritu de la oración cristiana: cuando decimos al Padre que “está en el cielo”, estamos reconociendo su infinita grandeza y su santidad. “Esta expresión bíblica no significa un lugar sino una manera de ser; no el alejamiento de Dios, sino su majestad. Dios Padre no está “fuera”, sino “más allá de todo” lo que, acerca de la santidad divina, puede el hombre concebir. Como es tres veces Santo, está totalmente cerca del corazón humilde y contrito:

“Con razón, estas palabras ‘Padre nuestro que estás en el cielo’ hay que entenderlas en relación al corazón de los justos en el que Dios habita como en su templo. Por eso también el que ora desea ver que reside en él Aquél a quien invoca” (San Agustín, *De sermone Domini in monte*, 2, 5, 17)

“El ‘cielo’ bien podía ser también aquellos que llevan la imagen del mundo celestial, y en los que Dios habita y se pasea” (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, 5, 11). (CEC, 2794)

2. Creación, orden, providencia.

Al reconocer que Dios está presente en todas las cosas, con frecuencia pensamos que ello se debe a que no hay un lugar capaz de contener al Creador. Él es infinito, inconmensurable, es Espíritu y, por ende, escapa a toda ubicación espacial. Pero no es esto tan sólo. Hay algo más: Él está presente a todas las cosas como Aquél que en este momento les está dando el ser. O invirtiendo el orden, las cosas que ves a tu alrededor están como brotando en este instante del “sí” creador de Dios. Se trata de una presencia inmediata no tanto en razón de una localización del ser divino - que por otra parte no tiene sentido - cuanto en virtud de su poder creador que da la existencia a todo, incluso a nosotros mismos.

Se ha dicho que las cosas poseen carácter verbal: así como por las palabras se conocen los pensamientos de alguien, por las cosas conocemos algo de la sabiduría de Dios. Ellas son una expresión limitada de su perfección sin límite. De ahí que por las perfecciones de las creaturas podamos llegar a intuir algo de la perfección de su Autor: la belleza de un paisaje, la bondad que hay en el corazón del hombre, la armonía de un organismo vivo, la capacidad humana de dominar progresivamente el mundo por la ciencia y la técnica, todas esto nos habla de Aquél que es la Belleza y la Bondad por esencia, y en quien tienen origen toda armonía y todo poder. Las creaturas son como una escalera, por cuyo conocimiento podemos ascender al conocimiento del Creador; ellas llevan grabada Su huella, nos hablan de Él como la obra de arte nos habla de la genialidad del artista. El orden admirable con que todo ha sido dispuesto, la hermosura y sabiduría que contemplamos en la naturaleza, son - para San Buenaventura - grandes voces con que la Creación nos habla de Dios:

“Luego, el que con tantos esplendores de las cosas creadas no se ilustra, está ciego; el que con tantos clamores no se despierta, está sordo; el que por todos estos efectos no alaba a Dios, ése

está mudo; el que con tantos indicios no advierte el primer Principio, ese tal es necio. Abre, pues, los ojos, acerca los oídos espirituales, despliega los labios y aplica tu corazón para en todas las cosas ver, oír, alabar, amar y reverenciar, ensalzar y honrar a tu Dios, no sea que todo el mundo se levante contra ti” (San Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, 1, 15).

“... todas las criaturas de este mundo sensible llevan al Dios Eterno el espíritu del que contempla y degusta, por cuanto son sombras, resonancias y pinturas de aquel primer Principio, poderosísimo, sapientísimo y óptimo, de aquel origen, luz y plenitud eterna y de aquella arte eficiente, ejemplante y ordenante; son no solamente vestigios, simulacros y espectáculos puestos ante nosotros para cointuir a Dios, sino también signos que, de modo divino, se nos han dado (...). Porque, en verdad, las criaturas de este mundo sensible significan las perfecciones invisibles de Dios; en parte, porque Dios es el origen, el ejemplar y el fin de las cosas creadas y porque todo efecto es signo de la causa, toda copia lo es del ejemplar, todo camino lo es del fin al que conducen” (San Buenaventura, *Itinerarium mentis in Deum*, 2, 11-12).

El saber que el orden y la bondad de las cosas reflejan la sabiduría y la bondad de Dios nos ayuda, por un lado, a intuir su grandeza. La perfección de la naturaleza, las profundidades del corazón humano, el despliegue de las ciencias y de las humanidades, la riqueza, en suma, de la sabiduría creada, nos lleva a admirarnos de la Sabiduría increada. Si tan admirable es el mundo visible, ¿cuál no será la majestad de su Autor? Si con tanta vehemencia seducen el corazón del hombre las criaturas, ¿qué deseo no despertará el que es fuente de su bondad? Esta perspectiva filosófica nos alienta, por otro lado, a la búsqueda de Dios por encima de todo y al desasimiento de todas las cosas. Puesto que en el Señor se encuentra la fuente de todas las perfecciones creadas, nuestro corazón puede entregarse más enteramente a Él y no dejarse cautivar por las cosas; en definitiva, buscándolo a Él no perdemos nada, sino que ganamos una perla de mucho más valor. La escalera que son las cosas para ascender hasta el Creador nos sirve en la medida en que no nos detenemos en ella, pero esto supone no sólo un ascenso de la inteligencia, sino un deseo del corazón, una búsqueda existencial de Cristo que nos lleve a despojarnos de todo mediante la pobreza, para ir hacia Él con toda libertad.

3. *El principio sacramental.*

Si una mirada contemplativa del mundo es capaz de descubrir la presencia del Creador en las cosas, desde la fe se intensifica la captación de este misterio. No se trata ya de la presencia de un Poder creador sin rostro, sino del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que ha creado el universo y en él al hombre por una decisión libre de su amor. El hecho sorprendente de que las cosas sean, además de ser fuente del asombro filosófico, es para el creyente el testimonio perdurable de que somos amados sin merecerlo; porque comprendemos en la fe que todo lo que existe, incluso nosotros, forma parte de un plan de salvación y de un designio de amor del Padre.

Me parece oportuno citar aquí el sermón de Newman sobre el mundo invisible, que describe la mirada del creyente sobre la realidad:

“Existen dos mundos, ‘el visible y el invisible’, como habla el Credo, el mundo que vemos y el mundo que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan realmente como el mundo que vemos. Existe realmente, aunque no lo veamos. El mundo que vemos sabemos que existe porque lo vemos. No tenemos más que alzar los ojos y mirar a nuestro alrededor para comprobarlo: nuestros ojos nos lo dicen. Vemos el sol, la luna y las estrellas, la tierra y el cielo, las colinas y los valles, los bosques y las llanuras, los mares y los ríos y al mismo tiempo vemos a los hombres y sus obras. Vemos las ciudades; sus monumentos notables y sus habitantes; hombres que corren de acá para allá apresurándose por solucionar sus necesidades y las de sus familias, o para cumplir grandes proyectos, o por razón de sus negocios. Todo lo que aparece a nuestros ojos forma un mundo. Es un mundo inmenso, que llega hasta las estrellas.

Podríamos correr a toda prisa por el cielo miles y miles de años, y aunque fuéramos más rápidos que la misma luz, no las encontraríamos a todas. Están, respecto a nosotros, a distancias más grandes que cualquiera que podamos asignarles. Es tan alto, tan amplio y tan profundo el mundo, y sin embargo también está cerca y junto a nosotros. Está en todas partes, y pareciera no dejar lugar para ningún otro mundo.

Sin embargo, además de este mundo universal que vemos, existe otro mundo, igualmente extenso, igualmente próximo a nosotros y más maravilloso; otro mundo que nos rodea por todas partes, aunque no lo vemos, y esta razón de no verlo y no otra, lo hace más maravilloso que el mundo que vemos. A nuestro alrededor hay innumerables seres que van y vienen, que velan, que trabajan o esperan, y que no vemos. Tal es este otro mundo que los ojos no alcanzan, sino únicamente la fe.

Pero todo esto no interfiere con la existencia de ese otro mundo del que hablo, que está actuando sobre nosotros, pero no impresionándonos con la conciencia de que lo hace. Puede estar tan realmente presente y ejercer influencia sobre nosotros, como aquél que se nos revela. Y que semejante mundo existe, la Escritura nos lo dice (...).

Se habla generalmente del otro mundo como si no existiese ahora, sino sólo después de la muerte. No, existe ahora, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y a nuestro alrededor. Es el que fue mostrado a Jacob en sueños. Los ángeles lo rodeaban aunque él no lo sabía. (...)

La tierra que vemos no nos satisface. No es más que un principio, no es más que una promesa del más allá. Incluso en su mayor gozo, cuando se cubre con todas sus flores, aun entonces, no nos basta. Sabemos que en ella existen muchas cosas que no vemos. Un mundo de santos y de ángeles, un mundo glorioso, el palacio de Dios, la montaña del Señor de los Ejércitos, la Jerusalén Celestial, el trono de Dios y de Cristo, todas estas maravillas eternas, hermosas, misteriosas, e incomprensibles, se ocultan detrás de lo visible” (J. H. Newman, *El mundo invisible*, Parochial and Plain Sermons).

Un aspecto notable del pensamiento newmaniano es lo que él denomina “principio sacramental”. Este principio se sustenta en una visión platónica y cristiana del mundo, que entiende la realidad creada como participación de la Increada, lo visible como sombra y figura de lo invisible. De acuerdo con él, todas las cosas son signo de la gloria de Dios y a la vez instrumento en manos de la Providencia para su glorificación. La diferencia del principio sacramental con lo que explicábamos antes es que, mientras que para la perspectiva anterior las creaturas tienen primero una finalidad que se mantiene dentro del orden creado y un grado de perfección que alcanzar de acuerdo con su naturaleza, para Newman la finalidad fundamental de las cosas es la gloria de Dios, esto es, manifestar su poder, sabiduría y bondad. Este es el sentido último por el que ellas existen y es, al mismo tiempo, lo que más las dignifica. Pero manifestar la gloria de Dios no es el único fin de lo creado; las cosas están ordenadas también a glorificar a Dios: al alcanzar cada una la perfección que le es propia; al obrar en armonía unas con otras, pues lo inferior se pone al servicio de lo superior: la materia se ordena a la vida biológica, los seres más simples a los más complejos, la vida vegetal y animal se someten al hombre, el hombre a Cristo y Cristo a Dios. De este modo, toda la creación obedece al Padre y lo glorifica, pues siendo dócil se cumple en ella el plan de salvación querido por el Señor.

El principio sacramental así entendido es como una luz que se arroja sobre todo pensamiento, sobre toda actividad humana. La utilización de los bienes materiales, el sentido de la propiedad privada, del trabajo, de las investigaciones científicas, todo ello debe examinarse bajo esta luz: ¿manifiestan la sabiduría y la bondad de Dios? ¿Se ordenan a Su gloria? Lo mismo puede decirse del modo como se entiende el progreso de la humanidad, de la organización social y las instituciones, de la educación, de los medios de comunicación, de los estudios, de la actividad empresarial, de la vida familiar, etc. Una visión de fe no puede dejar de lado el sentido trascendente y eterno de estas realidades inmersas en el tiempo. El proceso de secularización que ha sufrido nuestra cultura nos hace difícil comprender en clave religiosa el mundo material y el mundo humano. Pero es imprescindible reeducarnos en esto; de lo contrario, ¿cómo percibir la presencia de Dios en una vida lanzada de lleno a las más diversas actividades, en contacto con todo tipo de personas? Creo que frente a una visión secularizada

que separa tajantemente lo profano y temporal de lo sacro, debemos incorporar el principio sacramental que enuncia Newman. Así estaremos en condiciones de entender que las cosas que tratamos a diario no tienen en sí mismas otro sentido más hondo que la alabanza de nuestro Señor Jesucristo, y que nuestra dignidad más grande y nuestra salvación es, precisamente, ordenarlas inteligente y apasionadamente a su mayor gloria. No necesitaremos para esto retirarnos o apartarnos del mundo, ni llevar un estilo de vida monástica, como si las actividades en medio del mundo fueran un impedimento para vivir bajo la mirada del Padre y para cumplir su voluntad.

4. Preparación para la oración continua.

La capacidad de mirar todas las cosas desde la luz de la fe es, sin duda alguna, un aspecto fundamental de la vida cristiana. Es la fe puesta en obra, ejercitada en la contemplación del mundo, de sí mismo y de la propia actividad, de Dios y de su actuación en todos los órdenes. De una mirada tal se derivan las motivaciones de nuestra conducta, la orientación que demos a ésta, según las palabras del Señor: “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si el ojo está sano, todo el cuerpo estará iluminado. Pero si el ojo está enfermo, todo el cuerpo estará en tinieblas” (Lc 6, 22-23). La profundidad en que logremos amar a Cristo y a nuestros hermanos dependerá también en gran medida de la disposición que tengamos para mirar las cosas en la perspectiva correcta, iluminados por la claridad de fe que recibimos en el Espíritu Santo. Estamos llamados a hacernos cargo de una existencia despierta. El deseo de Jesús para nosotros no puede ser simplemente el de resultar instrumentos dóciles pero inconscientes de lo que sucede a nuestro alrededor. Él nos habla al corazón y nos llama a vivir en la luz; es, por lo tanto, una vida de servicio a los hombres en lo que se refiere a Dios, y una vida consciente de sí misma, consciente de ser un don enteramente gratuito, una aventura espiritual, una prolongación del emprendimiento más grandioso de la historia: la vida pública de Jesús.

En orden a desarrollar en nosotros esa mirada despierta y vigilante, que nos permita contemplar desde la fe todas las realidades, se requiere una preparación. Debemos templar el espíritu para hacernos capaces de vivir en la presencia del Padre, y esto se logra principalmente a través del silencio, el recogimiento y el cultivo de los medios de piedad.

a) El silencio

Experimentar la presencia de Dios requiere, en primer lugar, que logremos conquistar el silencio; no tanto el silencio exterior, que muchas veces no será posible, como el silencio interior que se consigue acallando las múltiples voces que cruzan a diario por nuestra mente. Me remito a las palabras del P. Voillaume, que expresa con gran lucidez este tema:

“Sería oportuno hablar de aquella parte de la ascesis que concierne, más particularmente, a la oración. Entendemos por esto el conjunto de prácticas que ayudan al alma a entrar en oración, en la medida en que dichas prácticas concurren, disciplinando el cuerpo, la imaginación y el espíritu, a eliminar todo lo que es obstáculo para la oración. Podemos decir que un método de oración depende, hasta cierto punto, de la ascesis, en la medida en que es un instrumento del que nos servimos para calmar la imaginación y hacer callar en nosotros la curiosidad y todos los atractivos desordenados hacia las cosas exteriores.

El silencio se ofrece como uno de los agentes más importantes en la ascesis de la oración. Aún podemos decir que, si es ascesis en la medida en que contribuye a reformar nuestras tendencias hacia la disipación y hacia la ‘diversión’, en el sentido pascaliano de la palabra, es algo más que esto: es como el ambiente normal de la unión del alma con Dios en el acto de la oración. El silencio interior es indispensable y el silencio exterior lo es también en la medida en que es necesario para establecer el silencio interior. Nuestra vida mezclada con el trabajo de los hombres, nos ha permitido valorar mejor esta necesidad.

Ante todo, nos ha llevado a la convicción de la importancia que tiene el silencio interior, y de que puede subsistir en medio del ruido y de las conversaciones. Es un estado interior de calma

de las pasiones, en la libertad de todo apego desordenado y consentido a sí mismo y a todo lo que nos alejaría de la mirada de fe sobre la presencia divina.

Este silencio siempre nos es necesario. Debemos esforzarnos por establecerle en nosotros de modo permanente, llevándole a todas partes: al trabajo, en la calle, en nuestras relaciones con los demás.

Todo aquel que posee este silencio en su interior podrá juzgar la calidad del silencio exterior. Éste último consiste esencialmente en la supresión de conversaciones inútiles, con objeto de aislarse, de separarse, y puede ser la mejor o peor de las cosas. Este silencio es malo si es consecuencia de un temperamento ensimismado, si satisface una necesidad egoísta de reposo, si es pretexto de una carencia de esfuerzo a fin de vencer el individualismo, si oculta un enojo o un rencor, si es disimulación o falta de franqueza, si detiene en nuestros labios una palabra de perdón, si deja en el apuro a nuestro hermano cuando necesita ser ayudado. El silencio es bueno cuando se le busca como condición de una tregua necesaria para permitir el trabajo intelectual o la reflexión, cuando es el momento de entregarse a ellos, y para restablecer en el interior de un alma, totalmente invadida por mil preocupaciones, el verdadero silencio interior.

El silencio es, por encima de todo, excelente, cuando se le busca para orar en presencia de Dios" (R. Voillaume, *En el corazón de las masas*, Studium, Madrid, 1962, pp. 237-238)

b) El recogimiento

Este segundo medio procura remediar la dispersión a la que nos hallamos ordinariamente expuestos en una vida llena de actividades y en contacto con distintas personas. Es común en esas circunstancias que veamos solicitada nuestra atención desde todas partes, que mil sensaciones mezcladas nos invadan por los sentidos, que se agolpen en nuestra memoria una cantidad de pequeños recordatorios; a veces, ante tantos estímulos, seremos presa del vértigo y del cansancio. Un día de apostolado, de estudio, de vida pública, exige de cada uno el ejercicio constante de la prudencia; a cada rato hay que discernir cómo contestar a un alumno, si conviene o no hacer ahora este llamado, o bien cómo encarar la preparación de una charla. Esto sin mencionar la variedad de cosas que despiertan nuestros deseos, desde las más elementales hasta las más elevadas; en un momento deseamos con todas las fuerzas tener los sentimientos de Jesús y al instante siguiente ese deseo cede su lugar a las ganas de encontrarnos con un amigo, y al rato estamos esperando el momento de llegar a casa para sentarnos y descansar.

La práctica del recogimiento procura recuperarnos de esta dispersión natural en un día de vida activa, unificando nuestras potencias en torno a una intención fundante: la de buscar a Cristo en todo. El recogimiento tiene una parte negativa; hay que evitar que las distintas facultades que poseemos nos dominen y nos lleven tras sí. Hay quien fácilmente se deja llevar por la imaginación y la fantasías; a unos los disipan fácilmente los deseos y caprichos; otros son propensos a recordar el pasado, volviendo a él una y otra vez con un sentimiento de nostalgia. No es difícil darse cuenta si tenemos el corazón centrado en ese deseo de Dios. Al volver atrás la mirada en el examen de conciencia de la noche, uno percibe inmediatamente cuál fue el centro de la mirada y del corazón a lo largo de la jornada. Unas veces habrá sido un apostolado concreto, la expectativa por hablar con una persona, o una luz recibida en la oración, otras veces una dificultad en una clase, la preparación de un trabajo, el estudio o bien una diferencia personal con alguien. Es fácil advertir entonces cuál es la causa de nuestra dispersión. A veces son actividades concretas, pero detrás de ellas, ¿qué búsqueda se esconde? Puede ser una sutil autocomplacencia, que nos conduce a divagar en ensoñaciones de triunfos posibles, o a atemorizarnos e inquietarnos ante posibles fracasos. Puede ser quizás la búsqueda de compensaciones (comida, música, deporte, una película, se convierten en el eje de nuestro día), o la ansiedad por el cumplimiento de una tarea, la búsqueda del afecto de los demás... Esta dispersión de los afectos y del deseo debilita nuestra aspiración unificante, la de configurarnos con Cristo Jesús. Por eso es preciso que cada uno sepa dominar sus potencias, especialmente aquella que más lo absorbe y tiende a ocuparle la totalidad de las fuerzas. Cuando se reconoce el propio flanco débil, hay que saber tomar distancia interior de las cosas

que más nos causan ansiedad, nos atrapan excesivamente y nos desvían de lo único importante. No siempre será posible cortar exteriormente con estas cosas, ya que a menudo se tratará de actividades o cosas buenas y que no nos es permitido dejar. Pero sí debemos ser capaces de ejercitarnos en un desasimiento interior, para tener “el alma en un puño”, como dice S. Francisco de Sales; puede ser dejando para después lo que tenemos aprensión por hacer inmediatamente, apartándonos de lo que no es necesario ver u oír, etc.

Pero hay también en el recogimiento una parte positiva: la de tender a Jesús como centro unificante. El deseo de Dios es una fuerza ascensional para el alma, un poderoso polo de atracción que hace palidecer los demás deseos. Si el deseo de cumplir la voluntad del Padre es fuerte, los demás deseos se desdibujan o se integran en esa búsqueda. Si es débil, el corazón queda expuesto al capricho de los sentimientos y estímulos del momento. Conviene pedir al Espíritu Santo que aumente en nosotros este deseo de estar con ÉL, y ayuda mucho en este sentido orar con el Salmo 119, que expresa vigorosamente este impulso: “¡Oh, cuánto amo tu ley Señor! ... Tus palabras son más dulces que la miel, más que el jugo del panal”.

c) Los medios de piedad.

Vivir en presencia de Dios es una de las características de nuestra vida de oración, y a ello se ordenan los medios de piedad, sintetizados en los cuatro pilares. Sabemos bien lo necesarios que son los momentos dedicados exclusivamente a la oración para poder practicar esta oración continua que es el estar en presencia de Dios. Hemos escuchado muchas veces la imagen de los postes de luz, que sostienen el cableado: los postes vienen a ser los pilares, los momentos fuertes de oración, y los cables representan nuestra unión con Cristo, la tensión hacia él.

Con frecuencia insistimos únicamente en los medios de piedad; pero el problema más común no es tanto la falta de postes, sino la de un cable que los una. Este cable está tan distendido a veces que es como si no existiera. Pasamos gran parte del día con el corazón frío, presa de la rutina, alejado del fuego de Dios. Muchas de nuestras horas son aún terreno de misión.

Esto se debe en parte a la orientación que damos a los mismos medios de piedad. Éstos deben orientarse a introducirnos en ese ambiente sobrenatural, a enardecer el corazón, a elevar la mirada, para que podamos volvernos conscientes de ese mundo invisible al que pertenecemos tanto como al visible. Puede suceder que nuestros momentos de oración estén como disociados del resto del día. ¿Cómo experimenta alguien tal disociación? Supongamos que este hombre entra en oración: esto significa para él adquirir un estado de ánimo, un lenguaje, unas actitudes que nada tienen que ver con su modo habitual de comportarse. Se trata de una máscara que él presenta ante Dios, un “yo” idealizado, una imagen estilizada de sí mismo, pero irreal y utópica. Si con los demás es arrogante y testarudo, en la oración se presentará siempre sumiso y dispuesto a ceder; si en el trato habitual es susceptible e incapaz de soportar la más pequeña contrariedad, en la oración se verá a sí mismo como alguien paciente y dispuesto a llevar las mayores cruces. Es claro que él no es consciente de esta diferencia. La consecuencia de este autoengaño es que la oración se transforma en un ejercicio de autocomplacencia; lo que disfruta en la oración es la contemplación idealizada de sí mismo, o bien el descubrimiento de la persona se hace incapaz de ver - a fuerza de no querer ver - su lado negativo de cara al Padre. Como contrapartida de esta forma equivocada de orar, se le hace muy difícil experimentar la presencia de Dios en la vida diaria. La conciencia él tiene de sí mismo en las situaciones de convivencia, de trabajo, de conflicto, en las cuales aparecen sus pecados y límites, es la de un “yo” imperfecto, lleno de malicia y frágil. Y puesto que no está habituado a reconocer ante Dios este lado negativo de sí mismo, no podrá presentar este “yo” imperfecto de la vida diaria a la mirada de Dios. Casi sin advertirlo, terminará escondiéndolo de la mirada del Padre. Sólo volverá al diálogo con el Señor cuando pueda apaciguarse y reunir sus mejores pensamientos y deseos, recomponiendo así el “yo” sin mancha que reconoce como su verdadera personalidad.

Pienso que esta descripción, que por otra parte se asemeja bastante a la del narciso que encontramos en la obra del P. Cencini, puede convenirnos en mayor o menor medida a todos. Lograr que la oración sea sincera, presentarnos ante Jesús sin máscaras, es tarea de toda la vida.

Ahora bien, ¿de qué modo debemos orar entonces, para que no se produzca un salto de la oración a la no-oración? Quisiera anotar algunas recetas concretas que pueden servirnos para ir superando el problema:

1) Tomar de la meditación de la mañana el “ramillete espiritual”, alguna intuición o frase que nos haya iluminado o enardecido en el amor a Cristo o a los demás, para volver sobre ella a lo largo del día. Puede usarse como una jaculatoria por ese día, llevarla anotada en un papel en el bolsillo, o volver a meditarla por espacio de unos segundos cada vez que la recuerde. Conviene volver sobre ella en la oración de la tarde y en el examen de conciencia si es algo en que pueda uno examinarse.

2) El entrar en presencia de Dios de los momentos de oración debe servirnos no sólo para esa oración, sino que la intención es permanecer en esa presencia después de la oración. Pidamos al Espíritu Santo poder realizar esto y recordémoslo especialmente al terminar la oración.

3) Al hacer los ofrecimientos y la visita al Santísimo, al celebrar la Santa Misa, conviene llevar las ocupaciones del día, las personas con que nos vamos a encontrar, los apostolados, nuestras tentaciones y dificultades en esos campos, el deseo de entregarnos más enteramente a Jesús en cada uno de ellos; no dejemos la vida diaria fuera de la oración, pero sí quitemos la inquietud, la preocupación, la mentalidad calculadora y corta de fe que a veces hay en ella. Sepamos llevar al diálogo con Jesús lo que vivimos, lo que tratamos exteriormente y su repercusión en nuestro interior, elevándolo siempre como si lo viéramos con los ojos del Señor.

4) Busquemos convertir las luces que recibimos en la oración en actos concretos. Si vimos con claridad la importancia de negarse a sí mismo, hagamos un acto de renuncia efectiva; si de ser más disponibles, ofrezcámole a alguien nuestra ayuda o nuestro tiempo. Huyamos de complacernos en grandes sueños que un día lejano podríamos realizar, y busquemos todo aquello que nos lleve a un compromiso, a una obediencia, y a una entrega concreta y en el “hoy”.

5. Distintas presencias

La experiencia de la presencia de Dios es el fruto maduro de una auténtica vida de oración. No se trata de una práctica más. Es el ambiente en el que se desarrolla la existencia cristiana. Significa, en definitiva, caminar bajo la mirada del Maestro, Amigo y Señor. Y puesto que no es un ejercicio de piedad – aunque los suponga y favorezca – sino un hábito, una disposición vital y un modo de situarse ante la realidad, quien es capaz de caminar en esa presencia sabe descubrir las diversas formas en que el Señor se le hace presente y cercano. La manifestación y el actuar de Dios no se restringe a un pequeño ámbito; no es una música monocorde, sino que canta a través de un sinnúmero de voces e instrumentos. Todas las obras, todos los tiempos, todos los hijos de la sabiduría ejecutan sin cesar una majestuosa sinfonía en la que se manifiesta la escondida y primigenia armonía entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Debemos adiestrar nuestro espíritu para poder escucharla; de este modo podremos alimentarnos de esa presencia divina que se manifiesta en las formas más variadas.

a) Presencia de inhabitación.

“No dudo de que algunas personas, no entendiéndolo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí. Pero a todos estos yo respondo que no es de tener por increíble que se cumpla en el alma fiel en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió (que si alguno le amase... Jn 14, 23); lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abisal de su dulzura (Ll 1, 15). El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma (C 1, 6)” (San Juan de la Cruz).

El primer modo de la presencia divina que vamos a considerar es la inhabitación de Dios,

Padre, Hijo y Espíritu Santo, en el alma del bautizado. Es la presencia más difícil de captar, porque tendemos a dirigirnos a las personas divinas como a alguien que está fuera, cuando propiamente Él está dentro de nosotros.

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua, y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que estabas Tú dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo y sobre esas hermosuras que Tú creaste me arrojaba deforme. Lejos de ti me tenían aquellas cosas, que si no estuviesen en ti, no tendrían ser” (San Agustín, *Las confesiones*, Madrid, BAC, 1966, 10, 38).

La búsqueda de Dios, preparada por el silencio y el recogimiento, se desarrolla en gran medida por la atención a Dios Uno y Trino escondido en nosotros, por el deseo de estar unidos a Él. El Catecismo, hablando de la finalidad de toda la obra de Dios, dice que ésta ya se cumple en pequeña escala por la inhabitación de la Trinidad en cada creyente.

“El fin último de toda la economía divina es el acceso de las criaturas a la unidad perfecta de la Bienaventurada Trinidad. Pero desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad. “Si alguno me ama - dice el Señor - guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23).

‘Dios mío, Trinidad que adoro, ayúdame a olvidarme enteramente de mí mismo para establecerme en ti, inmóvil y apacible como si mi alma estuviera ya en la eternidad; que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de ti, mi inmutable, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma. Haz de ella tu cielo, tu morada amada y el lugar de tu reposo. Que yo no te deje jamás solo en ella, sino que yo esté allí enteramente, totalmente despierta en mi fe, en adoración, entregada sin reserva a tu acción creadora’ (Beata Isabel de la Trinidad, *Oración*)” (CEC, n. 260).

La presencia santificante de la Santísima Trinidad en el hombre es comparable a una segunda creación, que hace del bautizado un hombre nuevo, re-creado a imagen de Cristo. Se ha producido en él una regeneración absoluta: al constituirse templo del Espíritu, hay en él un germen de Vida eterna que se manifestará en plenitud en el cielo, y por eso pueden aplicársele las palabras del Apocalipsis: hay en el bautizado el comienzo de un cielo nuevo y de una tierra nueva. El cielo no es un “lugar”, sino el ver al Padre cara a cara; de modo tal que si el Padre dejara el cielo éste sería el infierno, y si fuera al infierno, éste se volvería cielo. De manera semejante, la presencia divina en nosotros significa que vivimos ya, aunque en la oscuridad de la fe, en esa gloria del cielo que será consumada al fin de los tiempos. Al venir el Señor a habitar en nosotros trae a nuestro espíritu las primicias del cielo; y cuando nos separamos de Dios y del prójimo por el pecado nos vamos sumergiendo temporalmente y en alguna medida en la situación angustiada de los condenados.

“Los Padres comprenden la santificación como una deificación sobrenatural. ‘No existe más que una santificación, aquella que del Padre, por el Hijo, se realiza en el Espíritu Santo’.

La inhabitación divina, que deifica al cristiano, es para los Padres una realidad de fe tan cierta que desde ella arguyen contra los que niegan la divinidad del Hijo o del Espíritu Santo.

‘Siendo [el Hijo, el Verbo] aquel por quien el Padre diviniza e ilumina, aquel en quien todo es divinizado y vivificado, no puede ser, evidentemente, de una esencia diversa de la del Padre. Y si por la comunicación del Espíritu nos hacemos partícipes de la naturaleza divina, sería insensato decir que el Espíritu tiene una naturaleza creada y no divina. No es otra la causa de que seamos divinizados aquellos en quienes Él está presente. Si diviniza, indudablemente es Dios. Si de verdad somos recreados a imagen de Dios recibiendo el sello del Espíritu Santo (cf. Ef 1, 13), ¿cómo pensar que sea criatura aquél por quien viene impresa en nosotros la imagen de la esencia divina y son reproducidos en nosotros los rasgos de la naturaleza increada...? Es él mismo quien, siendo Dios y procediendo de Dios, se aplica invisiblemente, como un sello en la cera, a las almas de quienes le reciben. Así, por la comunicación que él hace de sí mismo, devuelve a nuestra naturaleza la belleza que perdió y reconstruye el hombre a imagen de Dios’

Siendo el hombre imagen de Dios, y siendo Dios uno en naturaleza y trino en personas, la

huella trinitaria divina hubo de ser marcada en el hombre por el mismo hecho de la creación. Y, después del pecado, habrá que concebir la santificación como una reconfiguración del hombre, a imagen de la Trinidad, obrada por la inhabitación divina”.

La presencia de la Trinidad en nosotros, además de ser un hecho, un dato que conocemos por la fe, tiene que ser objeto de nuestra contemplación. Mediante la contemplación de un misterio tan grande podremos ahondar en él e intensificar también su realidad en nosotros.

En efecto, “la inhabitación divina será un misterio obrado por la vía del conocimiento y del amor. Ya el AT decía de Dios: ‘Contempladlo y quedaréis radiantes’ (Sal 33, 6; cf. 10, 7). Y el NT nos dice que ‘contemplamos la gloria del Señor y nos transformamos en la misma imagen a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor’ (cf. 2 Cor 3, 18; 2 Pe 1, 4-8). En la resurrección, ‘seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es’ (1 Jn 3, 2; cf. Jn 17, 3). Este es un tema muy apreciado por los Padres: la contemplación amorosa de las Personas divinas, presentes a nosotros, es deificante.

‘El hombre no es capaz por sí mismo de ver a Dios. Pero el Espíritu dispone al hombre en el Hijo de Dios, el Hijo le conduce al Padre, y el Padre le da la vida eterna incorruptible, que recibe todo el que ve a Dios. Como aquellos que ven la luz, son en la luz, y participan de su claridad, así los que ven a Dios, están en Dios, y participan, pues, en la vida [divina]. Cuando, gracias a la virtud iluminadora [del Espíritu], fijamos la mirada en la belleza de la Imagen del Dios invisible [el Hijo], y por ella nos vemos elevados a la magnífica contemplación del Arquetipo [el Padre], el Espíritu del conocimiento se encuentra inseparablemente allí mismo, y nos da, en sí mismo, el poder contemplar la Imagen. No la muestra desde fuera, sino en sí mismo nos lleva a conocerla, pues, así como ‘ninguno conoce al Padre sino el Hijo’ [Mt 11, 27], así ninguno puede decir ‘Jesús es el Señor, sino en el Espíritu’ [1 Cor 12, 3]... En consecuencia, el camino del conocimiento va del Espíritu único, por el Hijo único, al Padre único”.

Hay una diferencia esencial entre la presencia creacional de Dios en todas las cosas y la presencia de la Trinidad en el alma. En el primer caso, el Creador está unido a cada cosa por ser quien le da el ser, por lo cual Él conoce todo lo que hay en el mundo y lo gobierna todo. Pero no se dice en este caso que Dios more o habite en las cosas, porque no se detiene en ellas por ellas mismas, ni se complace de modo particular en alguna. La del ‘habitar’ es una imagen humana que nos aproxima a esta diferencia: el que va por una calle, o está en una sala de espera o viaja en un colectivo, está presente en esos lugares, pero no habita en ellos. Pasa a través de ellos, pero no hace de ellos su morada. Pero cuando llega a su casa y a los suyos, se siente a sus anchas. No es un lugar como cualquier otro: allí habita, es un espacio que conforma a su gusto y en el cual prolonga visible y sacramentalmente su existencia, su mundo interior. El hogar es lugar de encuentro con familiares y amigos, lugar de oración y de descanso. Entendemos tan connaturalmente la imagen, que para expresar la perfecta simbiosis del alma y del cuerpo humanos podemos decir que aquélla se encuentra en el cuerpo “como en su casa”. La noción de “habitar” tiene un significado que supera inmensamente la mera localización física de un objeto en un lugar determinado. De los lugares en que habita - hogar, barrio, ciudad - el hombre se ha dejado moldear y también ha contribuido a que éstos tengan su configuración actual. Habitar significa para el hombre la transformación de la naturaleza en el ámbito de su existencia; es la humanización de la materia y la expresión del mundo humano e histórico en un espacio.

Así como es grande la diferencia entre el estar y el habitar, así se diferencian el estar presente el Creador en sus creaturas y el habitar en el corazón de sus hijos. Esta segunda presencia implica una amistad del Señor con el hombre en quien habita. Ya no es una presencia únicamente creadora, sino una presencia personal en la cual Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo se da a sí mismo al que cree en Él y lo ama.

“Es, pues, la inhabitación una presencia consciente y amorosa de Dios en el hombre. Dicho

de otro modo, es una amistad, una amistad que lleva hasta el límite supremo posible la alianza sellada entre Dios y el hombre en Cristo.

‘La caridad no significa solamente amar a Dios, sino también tener cierta amistad con Él. Y la amistad añade al amor que en ella el amor es mutuo y que da lugar a cierta intercomunicación. Esta sociedad del hombre con Dios, este trato familiar con él, comienza por la gracia en la vida presente, y se perfecciona por la gloria en la futura (...)’.

La inhabitación de Dios en el hombre es, pues, un misterio de amistad, y la amistad es la más alta forma del amor. La inhabitación es unión de Dios y el hombre obrada por el amor, pero no por cualquier clase de amor, sino por el amor de amistad.

‘Bien puede darse amor entre personas muy distantes entre sí, pero no amistad, porque no pueden tratar juntos, lo cual es propio de la amistad. La caridad es una amistad, y la amistad importa unión, porque el amor es una fuerza unitiva’.

“La amistad busca sobre todo conversar con el amigo y verle. La conversación con los amigos nos es tan grata porque conocemos así sus bienes, que nos alegran como si fueran nuestros. Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre - exhorta San Juan Crisóstomo -, adórnate con la modestia, la humildad, las buenas obras, y por encima de todo, como culmen del edificio, pon tú la oración, a fin de preparar a Dios una casa perfecta, ya que, por su gracia, es como si poseyeras su mismo icono colocado en el templo de tu alma”.

b) Presencia de Dios en el prójimo.

Por lo anterior puede comprenderse cuál es la dignidad de los cristianos, ya que Dios habita en ellos como en su templo. El cristiano es, pues, una cosa santa. Acostumbramos tratar las cosas sagradas con respeto y solemnidad: de ahí las posturas que adoptamos en una iglesia, el decoro con que adornamos un altar, el cuidado de que rodeamos al Santísimo Sacramento. Una mirada de fe debe descubrir algo sagrado también en los hermanos. Hay en cada uno de ellos una presencia divina: allí habitan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estamos a diario, continuamente, rodeados de ‘sagrarios vivientes’.

“Verdaderamente, en Cristo una carne humana deviene templo de Dios, según un modo de inhabitación y una tal intimidad, que nada mayor puede ya concebirse, puesto que el vínculo entre el hombre y Dios es aquí el de la existencia personal y que cuando Jesús piensa y dice: ‘Yo soy el templo de Dios’, el templo es su cuerpo, pero el yo no es otro que el de la persona del Verbo” (Yves Congar).

La presencia de Dios no depende de las cualidades morales de la persona - aunque puede manifestarse por ellas -; no está condicionada por su conducta o su aspecto exterior, ni se percibe por una especie de empatía sentimental. Es ante todo una realidad que se percibe desde la fe y para lo cual necesitamos una iluminación del Espíritu Santo.

Recientemente, uno de nosotros me contó que el Espíritu Santo le estaba enseñando a descubrir en los demás la presencia de Jesús, y no en las personas que por su santidad nos hablan de Dios, sino en aquellos que a él le significaban un obstáculo, precisamente para poder vencer esto y tratar a los demás como hermanos en Cristo.

Teniendo en cuenta que la inhabitación es una realidad en todo hijo de Dios, debemos llamar la atención sobre una advertencia del Señor. Él ha querido destacar su presencia en el que sufre y nos necesita. Conocemos el pasaje en el que, hablando de la consumación del Reino de los Cielos, Jesús se presenta a sí mismo como el Rey que recompensa a los justos por haberlo socorrido estando Él hambriento, sediento, desnudo, de paso, enfermo y preso. Los justos le preguntan en qué ocasión lo habían ayudado de esta manera; a lo que el Señor responde: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25, 40).

Jesús se identifica de tal manera con aquellos miembros sufrientes de su Cuerpo místico que en verdad hacernos solidarios con ellos es practicar el amor a Él. Debemos volvernos particularmente sensibles a esta presencia del Señor en las personas que tratamos habitualmente, en especial en los pobres y débiles, en los inconstantes, en los tímidos, en todos los que tiene sed de Dios. Al descubrir esta presencia de Cristo en las personas que nos necesitan podremos hacer con más facilidad de nuestro apostolado un medio de unirnos con Él, dándole una motivación de fe a nuestra actividad. Las acciones cotidianas pueden volverse así experiencia de Dios, pues además de descubrirlo en el otro, lo vemos actuar a través de nosotros mismos, en los gestos y palabras que empleamos movidos por su Espíritu. Nuestra caridad hacia los demás nos revela el rostro del Padre y de su misericordia. Al aceptar ser sus instrumentos para ayudar al que nos necesita, le permitimos manifestarse tal como Él es en una situación que reclama su compasión. El no responder a sus mociones significa bloquear y obstaculizar su amor hacia sus hijos.

c) Presencia eucarística.

“Para realizar una obra [salvífica] tan grande Cristo está siempre presente en su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, ‘ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz’, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: ‘Donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos’ (Mt 18, 20)”.

Hemos visto que Cristo está presente en cada bautizado, en el necesitado de misericordia y en quien la practica. Junto a estas presencias, hay otras muchas formas en que el Señor acompaña a su Iglesia. A través de la Sagrada Escritura es Cristo quien nos habla, así como también por las palabras de los que son enviados a misionar y de los que tienen en la Iglesia la misión de gobernar y de enseñar. Cristo también está presente cuando se administran los sacramentos, ya que es Él quien por medio de ellos comunica su gracia y su amor a los hombres.

“Todas estas formas de presencia son verdaderas y ‘reales’. Por ellas, a lo largo de los siglos, la Iglesia no ha cesado de experimentar la cercanía de su Señor. El Espíritu de Jesús resucitado ha iluminado permanentemente los ojos de sus discípulos con la luz penetrante de la fe; y así los cristianos, tanto en la soledad de su vida cristiana y de su testimonio en el mundo, como reunidos en la asamblea eclesial, han podido exclamar maravillados: ‘¡Es el Señor!’

Pero entre los diferentes modos de presencia de Cristo, hay uno que sobresale entre todos por su densidad y excelencia. Escuchemos el magisterio del papa Pablo VI: *Estas varias formas de presencia llenan el espíritu de estupor y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia. Pero es muy otro el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía... Tal presencia se llama ‘real’ no por exclusión sino por antonomasia, ya que es substancial, ya que por ella se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro* (“Eucaristía: Evangelización y Misión”, documento de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura, CEA, Buenos Aires, 1993, cap. II, nn. 14-15).

La presencia eucarística de Cristo es el memorial y testimonio permanente de su entrega por nosotros. No es una presencia estática, sino dinámica: el Señor prolonga en la Eucaristía su sacrificio en la cruz. Ha querido dejarnos en ella el signo viviente de que nos ha amado “hasta el extremo” (Jn 13, 1).

La fe en la Eucaristía ha llevado siempre a los cristianos a tratar este sacramento con la mayor reverencia: ante el Señor presente bajo las especies del pan y del vino nos arrodillamos en actitud de adoración. Los gestos de profundo respeto y amor a la Eucaristía, a la vez que expresan nuestra fe en la presencia sacramental de Cristo, la conservan y acrecientan.

El culto eucarístico, que se realiza principalmente en la celebración de la Santa Misa, se

prolonga en la adoración silenciosa, en la visita al Santísimo, en las procesiones eucarísticas. Estas prácticas nos permiten ir profundizando en el misterio de esta presencia de Jesús resucitado. La Eucaristía es un alimento que, como la Palabra de Dios, pide ser rumiado y asimilado de a poco.

“La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración” (CEC, n. 1380, citando a Juan Pablo II, *Dominicae coenae*, 3).

Hemos llamado la atención sobre el hecho de que referirnos a la presencia de Cristo en la Eucaristía como “real” no significa que las otras presencias no sean reales, sino que esta presencia en el Santísimo Sacramento es presencia por antonomasia y sustancial. El asentimiento a esta presencia de ningún modo disminuye nuestra fe en las otras presencias; al contrario, debe conducirnos a ellas.

“Desde las apariencias del pan, el Señor vela su presencia provocando nuestra confesión de fe, nuestra disponibilidad, nuestras confidencias (...) La intimidad más profunda con el Señor no se opone a la comunión fraterna, sino que la exige” (“Eucaristía: Evangelización y Misión”, documento de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura, CEA, Buenos Aires, 1993, cap. II, n. 44).

Mediante la contemplación del misterio eucarístico y la adoración al Santísimo Sacramento, podemos ahondar nuestra mirada de fe para descubrir y dejarnos interpelar por las otras presencias del Señor: en el prójimo, en su Palabra, en el que sufre, en el magisterio de la Iglesia.

d) Presencia en la Palabra.

Hay, asimismo, una presencia de Cristo en su Palabra, cuando es leída en la Iglesia y con la luz del Espíritu Santo. Todos hemos experimentado la fuerza transformante que tiene la Palabra de Dios cuando es meditada a diario, cuando nutre la oración en común, cuando la leemos en las casas al misionar, cuando se la proclama en la Liturgia. Esa palabra se vuelve una presencia viva del Señor, “una lámpara que brilla en un lugar oscuro” (2 Pe 1, 19), cuando dejamos que nos guíe a lo largo del día, incorporándola como criterio de discernimiento, como lente para ver la realidad. Debemos integrarla en todo el conjunto del día, como explicaba al referirme a los medios de piedad, para experimentar esa palabra como el maná cotidiano, como la lámpara que guía nuestros pasos (Cf. Sal 119, 105): quedarse con una frase de la meditación de la mañana como jaculatoria, volver sobre lo meditado al comienzo del día en la visita o en el examen de conciencia, pero esta vez ascendiendo desde lo vivido en el día al para entender desde allí la Palabra de Cristo.

e) En la comunidad cristiana.

Entre los pasajes del Evangelio en que el Señor promete su presencia entre nosotros, ocupa un lugar destacado el de Mt 18, 20: “Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos”. Con ello Jesús se refiere a su Iglesia, reunida en el Espíritu Santo; a la Iglesia en su totalidad, extendida por el mundo entero, y también a la pequeña iglesia orante que es cada familia, cada grupo, en comunión con todo el cuerpo místico de Cristo.

La comunidad cristiana es un lugar privilegiado para vivir en la presencia de Jesús resucitado. A esto concurren muchos motivos. Se cultiva allí una amistad cuyo eje es el seguimiento común de Cristo, con frecuencia por los mismos caminos, en el mismo designio de la providencia del Padre. Esta amistad, además del enriquecimiento humano que conlleva, puede ser vivida como experiencia del amor de Cristo, ya que es Él quien ha convocado y mantiene la unión del grupo. La posibilidad de orar en común, de llamarse mutuamente a la presencia de Dios, es otro aspecto que lleva naturalmente a la comunidad cristiana a vivir bajo la mirada del Padre. Incluso la misma presencia del Señor en su Palabra resulta realizada y vivificada por la meditación comunitaria, el compartir los bienes espirituales, el fruto de la reflexión de cada uno, los capítulos, la valoración de lo positivo, la corrección de los pecados,

son todos recursos que llevan a los cristianos reunidos en la Iglesia al convencimiento de que el Señor Jesús estará con ellos todos los días “hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Existe, por último, una realidad con que nos encontramos al avanzar en la vida común: la de la complementariedad entre unos y otros. El Señor nos purifica de nuestra soberbia, a medida que maduramos en la fe, haciéndonos ver las propias limitaciones y convenciéndonos de lo poco que podríamos por nosotros mismos. Necesitamos de la fuerza que viene de lo alto y necesitamos de los demás. Sólo con otros que comparten la misma esperanza podemos llevar una vida cristiana plena y transformar los ambientes, el mundo que nos rodea. Ese descubrimiento equivale a ir conociendo la sabiduría y el amor del Padre, porque es Él quien nos ha llamado a vivir de este modo, como hermanos en Cristo, diferentes y complementarios.

La vida comunitaria permite ahondar en el conocimiento de sí mismo: por la convivencia diaria, el diálogo sincero, los roces que van puliendo aristas, el enfrentar los mismos problemas y desafíos, las ocasiones de ejercitar el servicio, etc.; es un medio inestimable para la formación del carácter y la madurez afectiva; permite también apreciar las riquezas y talentos que los demás poseen, que completan lo que a uno le falta y que nos revelan la misteriosa sabiduría y la misericordia con que el Padre ha entrecruzado los caminos de sus hijos.

f) En los acontecimientos.

La presencia de Dios no debemos percibirla como una especie de sustrato estable e invariable. Es decir, no se trata de ese tipo de presencias inertes, anodinas, de cosas que no son significativas para nadie, o de personas que se limitan a “estar ahí”, pero que no actúan, no reaccionan. El Señor, por el contrario, es un Dios que interviene en los hechos de nuestra vida. Él se manifestó siempre mediante palabras y acciones, y así lo sigue haciendo hoy: interviene en la historia, en la gran historia, en la Iglesia universal y en la historia pequeña de cada uno de nosotros.

Todos tomamos conocimiento, poco más o menos, de los mismos hechos que nos afectan a nosotros, a nuestras familias y amigos, a nuestra sociedad, a la Iglesia, al mundo; la diferencia está en la interpretación que hacemos de esos hechos, es decir, en lo que alcanzamos a leer detrás de ellos. Según el modo como los recibamos, pueden conformar un videoclip visto por un idiota, o bien el desarrollo coherente de fuerzas, movimientos, estilos y personalidades, o bien una historia de salvación. La mirada a la realidad de quien busca una madurez en la fe debe aproximarse cada vez más a esta última perspectiva.

Es significativo el episodio en el que los discípulos de Juan el Bautista van a preguntar a Jesús si era Él el que había de venir o si, por el contrario, debían esperar a otro. La respuesta de Jesús no fue otra cosa que una mirada contemplativa de lo que Él mismo estaba haciendo aquel día, presentada de tal modo que era fácil de reconocer para cualquier judío conocedor de las Escrituras. Aquellos eran los signos mesiánicos de la misericordia, la descripción de la especial compasión del Señor por los pobres y los débiles en el Día de la venida de su Mesías. El contenido de esta respuesta es el kerygma que Cristo da de sí mismo. La contestación a Juan el Bautista es kerygmática, un mensaje breve y contundente en que se presenta como el salvador esperado. No es que Él dé testimonio de sí mismo: son las obras que el Padre le ha encomendado las que dan testimonio de Él (cf. Jn 5, 36). En definitiva, Jesús reconoce estas acciones como reveladoras de su identidad misteriosa, y como tales las utiliza en la confirmación y que da al Bautista. Al igual que el Señor, los discípulos también reconocerán la presencia del Maestro resucitado en los signos y prodigios con que acompañaba la predicación (cf. Mc 16, 20). Estas señales infunden en los discípulos el convencimiento de que Cristo prolonga en ellos su misión y de que los acompaña.

Las intervenciones de Dios entre los hombres pueden descubrirse aún hoy, si miramos los acontecimientos con fe. Cualquiera puede reconocer en su propio pasado momentos significativos en los que se ha visto transformado por Cristo y se ha encontrado con Él: un retiro, el diálogo con un sacerdote, una misión, la lectura de un libro. De eso se trata: volvernos capaces de descubrir la belleza de la cercanía de Dios, que está al reverso de los acontecimientos, la mano paterna que entreteje sabiamente el tapiz de la historia.

Los designios de Cristo sobre nosotros pueden ser entendidos en distintos niveles, en lecturas cada vez más abarcales y profundas. Quiero decir con esto que hay hechos que nos afectan a nosotros solos, que ocurren en el interior de nuestra conciencia; están los que nos afectan junto con otros como parte de un grupo, mientras que otros nos afectan como pueblo, como bautizados, ya que repercuten en la Iglesia entera. En unos y otros se manifiestan los designios del Señor, como en círculos concéntricos cada vez más amplios. Y detrás de cada uno de ellos hay un mensaje, una llamada, una interpelación para el que sabe leerlos. Tanto en esa microhistoria de nuestra vida, como en la macrohistoria de la que formamos parte, Dios se revela en sus intervenciones providenciales y en ellas se nos presenta, nos habla, desafía nuestra libertad e iniciativa para que le respondamos.

6. *Modo de tener una fe más viva en esta presencia del Señor.*

a) Oraciones breves.

Las oraciones breves o jaculatorias son un medio muy eficaz, sobre todo al comienzo, para vivir en presencia de Dios. Su conveniencia resulta de que pueden emplearse en cualquier momento, en medio del estudio o del trabajo, caminando o sentados, y elevan el corazón y la mirada a Dios sin necesidad de dejar lo que estamos haciendo. San Francisco de Sales recomienda este tipo de oraciones breves y repartidas a lo largo del día. Sobre cuáles conviene elegir, dice que se pueden tomar de las muchas que ya existen o de frases del Evangelio; pero que sobre todo deben preferirse las que el amor a Cristo le inspire a uno en cada momento. Por ser algo tan simple, debemos cuidarnos de despreciar estas oraciones, como hizo el sirio Naamán con la receta de Eliseo: no deberíamos pasar adelante sin haber probado seriamente este ejercicio que, hecho con el corazón entero, ayuda mucho a crecer en amistad con el Señor y en espíritu de fe. Las palabras, los signos exteriores, los gestos del cuerpo, son instrumentos aptos para expresar y motivar una actitudes interiores: adoración, deseo de Dios, agradecimiento.

“Si el cuerpo es la imagen de la oración es porque es el medio de que se vale para exteriorizarse. La sostiene, puesto que se expresa por medio de una fórmula recitada, que asegura y define el ímpetu espiritual, en una actitud que subraya y eleva el movimiento interior. El cuerpo refuerza la oración: cuando un hombre pronuncia las palabras de la invocación, canta su fe, se arrodilla humildemente, entonces se entrega por entero a la busca de Dios, arrastra su alma por medio de su cuerpo, y profundiza su súplica. También, a veces, el cuerpo realiza la oración. Distraída y vagabunda, deprimida, triste, y sin contacto alguno con Dios, el alma parece, a ciertas horas, desvanecida o desaparecida (...) Ya no tengo alma para orar, pero tengo siempre a mi cuerpo: se lo entrego a Dios, le arrodillo, le mantengo fielmente a los pies de su Señor. *Con mi cuerpo, mi alma da testimonio de su presencia ante Dios; Dios me mira y me dice: ‘Hijo mío, vete en paz’.* De este modo el cuerpo es el instrumento de la comunión con Dios, y es función suprema: *‘El cuerpo no es para el pecado, es para el Señor’*” (R. Voillaume, *En el corazón de las masas*, Studium, Madrid, 1962, pp. 239-240, citando a Jean Mouroux, *Sentido cristiano del hombre*, p. 57).

El uso de jaculatorias nos ayuda, por otra parte, a mantener un espíritu de sencillez que es indispensable para vivir en presencia de Dios. Un ánimo sencillo sabe encontrar a Cristo en los signos humildes y habituales, en la naturaleza, en una imagen, en una palabra. No espera algo extraordinario, porque sabe que Dios es humilde y elige medios muy simples para darse a conocer. Además, éstos son suficientes para el hombre de fe; para el que no tiene espíritu de fe, no hay signos que alcancen.

Cuando Elías llegó al monte Horeb, vio pasar delante de él al huracán, al terremoto y al fuego, pero sólo ante la brisa suave se cubrió el rostro. Hay una tentación de buscar a Dios en lo espectacular, representado en el terremoto, el huracán y el fuego, que debemos vencer. Cristo se nos presenta muchas veces a lo largo del día, nos llama de muchas formas; no lo

vemos, tal vez, porque nos falta abrir los ojos a lo pequeño, a lo secreto, tener un espíritu menos buscador de grandezas y más pobre de corazón.

“Mi corazón no se ha ensoberbecido, Señor,
ni mis ojos se han vuelto altaneros.
No he pretendido grandes cosas
ni he tenido aspiraciones desmedidas.
No, yo aplaco y modero mis deseos:
como un niño tranquilo en brazos de su madre,
así está mi alma dentro de mí.
Espere Israel en el Señor,
desde ahora y para siempre” (Sal 131).

b) Del exterior al interior.

Teniendo ya el hábito de recordar la cercanía del Señor, ayudados por imágenes y palabras que nos hablan de su presencia, debemos pasar progresivamente de una noción vaga de que Jesús está ahí afuera, cerca de nosotros, caminando en la habitación en que estamos o sentado conversando con nosotros, a la percepción de esta realidad de fe: que Él está en nuestro interior, no afuera, y realmente, no tan sólo como fruto de una imaginación piadosa. Poco a poco, la experiencia de la mirada del Padre deja de consistir únicamente en actos aislados, por los que ascéticamente nos interiorizamos en esa realidad, para transformarse en una vivencia continuada del existir en Cristo. En este sentido escribe el P. Voillaume:

“En cuanto se habla de oración, de presencia, se refiere uno siempre, más o menos, a un acto de fe y no únicamente a un acto de amor. Todo esto está muy unido entre sí y en realidad no se separa lo uno de lo otro; ahora bien, para hablar de ello es preciso desunirlo, por poco que sea, pero no por eso vamos a deducir que esta distinción subsiste en la realidad del acto psicológico.

No creo que sea lícito afirmar que todos nuestros actos y todas nuestras ocupaciones ordinarias sean oración, por el solo hecho de vivirlos por amor. Hay en esto un abuso de estilo y acaba uno por no saber lo que significan las palabras. Orar es un acto en el que entra siempre, más o menos, la inteligencia y la fe, que adora o pide, con palabras o sin palabras. Orar es al menos mirar; es pensar, es hablar, es suplicar con lágrimas, ya sea con palabras pronunciadas distintamente, ya sea con ideas, con imágenes o simplemente con la mirada infinitamente más profunda, pero oscura, de la contemplación. Si no existe esto, no se puede decir que haya oración, en el sentido estricto de la palabra. (...)

Pero todos sentiremos la necesidad de algo más: la práctica de una verdadera oración difusa. Consistirá en jalonar nuestras jornadas con instantes de oración más o menos aproximados. Aprender a orar con la mayor sencillez posible, con palabras o con una simple mirada del alma, en todas partes y cada vez que Dios, por medio de su gracia, nos impulse a ello. Llegado aquí, experimento una gran dificultad en ser más concreto, porque no habrá dos hermanos que se conduzcan de la misma manera. Esta permanencia en la oración, en el sentido propio de la palabra, adoptará tantas formas diferentes como etapas hay en el desarrollo de la fe y caracteres distintos. Unas veces será el llamamiento de un versículo del Evangelio, una simple mirada hacia Cristo, el sentimiento de la presencia de la Virgen; otras veces será, en lo íntimo del corazón, un movimiento de entrega de sí mismo a un compañero o a todos los hombres, suscitado por un contacto amistoso, por la contemplación del mal, o por el espectáculo de la muchedumbre indiferente. En una palabra, se trata de una reacción de nuestra fe, que tiende poco a poco a permanecer habitualmente en acción llevándonos a la visión de las realidades invisibles del mundo. Estos actos intermitentes de fe preparan el estado de contemplación simple que sólo pueden realizar en nosotros los dones del Espíritu Santo.

Ya tenemos ahora la verdadera definición de la oración difusa: es una mirada de fe a la realidad del mundo. Es preciso que nos ejercitemos en ello. En efecto, existe una manera de mirar en la fe, a los hombres, al trabajo, al placer y a sus sollicitaciones, que nos sitúa en plena

verdad humana y divina, visible e invisible. Es como una oración en estado naciente” (R. Voillaume, *En el corazón de las masas*, Studium, Madrid, 1962, pp. 200-203).

La profundización de este ejercicio nos conduce a alimentar el diálogo interior con Jesús, el deseo de estar con Él y de hacer por Él las cosas. Uno va haciendo la experiencia de que “Él está conmigo”: ya no se mira ninguna situación solo, sino que todo lo compartimos con Él; no llevamos solos un problema, lo llevamos unidos a Cristo; no deseamos ni amamos para nosotros, sino para fortalecer la amistad con Él. Crecemos así en una mirada que “busca al ‘amado de mi alma’ (Ct 1, 7). Esto es, a Jesús y en Él, al Padre. Es buscado porque desearlo es siempre el comienzo del amor, y es buscado en la fe pura, esta fe que nos hace nacer de Él y vivir en Él” (CEC, n. 2709).

“La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. ‘Yo le miro y él me mira’, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es renuncia a ‘mí’. Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el ‘conocimiento interno del Señor’ para más amarle y seguirle” (CEC, n. 2715).

c) Presencia de un amigo.

Es de gran importancia el modo como entendemos esa presencia del Padre. Tratemos de purificar en nosotros todo resabio que pueda vincular esta cercanía del Padre con una vigilancia o control. A menudo conservamos inconscientemente una imagen negativa, la del ojo que nos está observando; un síntoma de ello es que al ponernos en presencia de Dios experimentamos un lejano sentimiento de desagrado, tristeza o inquietud, sin que haya de por medio un motivo justificado para sentir esto. La causa de esta falsa imagen de Dios se encuentra muchas veces en heridas que hemos sufrido en la relación con nuestros padres, profesores u otras formas de autoridad, volviéndonos incapaces de recibir un amor que se manifiesta en la escucha, el acompañamiento y también en la valoración y corrección de la propia conducta. El amor del Padre es tal que quiere y obra para nosotros lo que redunde en nuestro bien; esto no coincide siempre con lo que nosotros queremos o con lo que creemos que nos conviene. Él nos conoce profundamente; su amor por nosotros se sustenta en ese conocimiento que abarca toda nuestra vida, el misterio de nuestra conciencia, cuerpo, espíritu, pasado, futuro, realidad y proyecto, sueños, ideales, todo.

Nadie mejor que Newman para plasmar en palabras el modo en que debe experimentarse sanamente esta cercanía del Padre:

“Dios nos ve y nos conoce a todos, uno por uno. Seas quien seas, Él te ve individualmente. Él te llama por tu nombre. Él te comprende realmente así como te ha hecho. Él conoce aquello que hay en ti, todos tus sentimientos y pensamientos más íntimos, tus disposiciones y preferencias, tu fuerza y debilidad. Él te observa en el día de la alegría y en el día de la tristeza, te ama en la esperanza y en la tentación, se interesa de todas tus ansiedades, de todos tus recuerdos, de todos los altos y bajos de tu espíritu. Él ha llegado ha contar los cabellos de tu cabeza y ha medido tu estatura, te rodea y sostiene con tus brazos, te levanta y te carga. Él observa los rasgos de tu rostro, cuando lloras y cuando sonríes, cuando estás enfermo y cuando gozas de buena salud. Con ternura Él mira tus manos y tus pies; siente tu voz, el latir de tu corazón y oye aún tu respiración. Tú no te amas a ti mismo más de lo que Él te ama. Tu no puedes inquietarte frente al dolor tanto como Él se inquieta y preocupa cuando ve venir el dolor sobre ti, y si aún así te lo impone, es porque si tú fueses verdaderamente sabio lo elegirías a fin de alcanzar un mayor bien en el futuro” (J. H. Newman, *A particular providence as revealed in the Gospel*, Parochial and plain sermons).

Se trata, entonces, de descubrir la presencia de Dios como presencia de un amigo que nos conoce y acompaña, de un Padre que nos cuida, alienta y enseña. Es, ante todo, un gozo y un

factor de gran tranquilidad el andar en la presencia de Dios y bajo su mirada con un corazón transparente, despojados de todo, de tal modo que nos sabemos traspasados de lado a lado por la mirada de Jesús sin que eso nos incomode. Si esto es así, lo notamos enseguida porque no tenemos temor de vernos claramente a nosotros mismos, no tememos vernos pequeños y pobres, inútiles en algo, ni tememos que el director espiritual y los demás nos vean así. ¿Cómo creer que Dios nos acepta como somos, si no podemos aceptarnos a nosotros mismos ni confiamos en que nuestros hermanos en la fe pueden aceptarnos?

d) Signos que nos descubren la presencia de Dios.

Recordemos, finalmente, que así como hay hechos que nos hablan del paso de Dios, también hay movimientos interiores que indican lo mismo. A veces algo que hemos vivido no nos habla de Jesús directamente, pero sí lo hace indirectamente, por la resonancia interior que produce en nosotros. El gozo y paz que experimento después de hablar con alguien, o después de una clase, el deseo de conversión que tengo al leer un libro, el deseo de orar, de alabar, de anunciar el Evangelio, son en general indicadores del buen espíritu - claro que esto hay que discernirlo, no es matemático -: ahí está presente el Espíritu Santo actuando en nosotros. Cuando nos suceda esto, además de secundar estos movimientos del Espíritu, no dejemos de gozar y agradecer este don de captar la presencia viva del Señor en nuestra vida.

e) La alabanza.

Entre los medios que conducen a vivir en la presencia de Dios, pienso que debemos incluir la oración de alabanza. Es la oración que brota espontáneamente cuando percibimos la gloria de Dios, su fidelidad, sus obras magníficas. Al regresar los discípulos de su misión y relatar a Jesús todo el bien que habían hecho, el mismo Cristo alaba al Padre, movido por el Espíritu Santo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido" (Lc 10, 21). Fue como si en ese grito estallara el misterio interior y secreto que era el continuo alimento de Jesús: su unión con el Padre. La alabanza exterioriza y realiza esa percepción interior de la mirada amorosa del Padre.

La alabanza es, por otra parte, la oración que mira directamente a la bondad y grandeza del Señor. Mientras que toda oración se dirige a Él, pero atendiendo también a las necesidades, los pecados, los beneficios recibidos, tanto por nosotros como por otros, la alabanza es la oración más perfecta y pura, porque mira sólo a Dios y brota de un corazón que lo ama desinteresadamente. En este mirar directamente a Dios, la alabanza procede de la misma disposición interior de la mirada contemplativa, mirada que busca precisamente el rostro de Cristo escondido en las personas, las palabras, los acontecimientos.

f) Hacer memoria.

Tanto como leer cada día los signos que nos hablan de la presencia de Jesús, puede sernos de utilidad el mirar hacia el pasado, para descubrir en la propia historia las huellas del Señor que nos ha acompañado.

El pueblo de Israel revivió siempre la memoria de los grandes momentos de su historia, tanto de sus victorias como de sus fracasos, sabiendo ver en ellos la mano poderosa de Dios. Los salmos, los escritos proféticos y sapienciales, hacen innumerables referencias a los acontecimientos decisivos: el llamado de Abrahám, la esclavitud en Egipto, la liberación a través del Mar Rojo, la marcha por el desierto, las rebeliones del pueblo, la Alianza con Yahveh, la entrega de la Ley, la conquista de la tierra prometida, el reinado de David, la deportación a Babilonia, por mencionar los más importantes. Todo estos hechos y etapas reaparecen una y otra vez en la Escritura, convertidos en súplica, alabanza, lamentación, figura profética o meditación. El judío conservaba el recuerdo de su historia como un tesoro, en el que hallaba

los gestos de misericordia de Dios, la enseñanza de los errores y pecados de su pueblo y el testimonio de los hombres que siguieron los mandamientos del Señor. Era un depósito de sabiduría en el que encontraban sobre todo la revelación del rostro de Dios. En efecto, los pueblos semitas no acostumbran caracterizar las cosas mediante conceptos o atributos, sino mediante imágenes, alegorías y relatos. Si ellos querían dar a entender qué clase de Dios es el Señor, respondían: el Señor es el Dios de nuestros padres, el que hizo el cielo y la tierra, el que nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo extendido, y nos dio en herencia una tierra que mana leche y miel; el que, a causa de nuestros pecados, nos dispersó por todas las naciones, pero, a causa de su fidelidad, nos reunió desde los confines de la tierra y nos devolvió a nuestro propio suelo.

Al reflexionar sobre nuestro pasado, podemos extraer una enseñanza similar; hacer memoria de las misericordias del Señor con nosotros, de los momentos de crisis, de cómo fuimos guiados y sostenidos por Él en dudas, oscuridades y sufrimientos; de las bendiciones que recibimos de Él, de las palabras que nos dirigió, de las veces en que nos encontramos de cerca con Él. Todo esto debe ser objeto de nuestros pensamientos, y transformarse en canto de alabanza y acción de gracias, en confesión de nuestra indignidad, en arrepentimiento y renovación de la alianza. Pienso que este recuerdo orante nos irá introduciendo en la certeza de que a cada paso somos acompañados por el Padre; si en el pasado hemos sido bendecidos, corregidos, fortalecidos y guiados por Él, ¿cómo no ha de estar hoy con nosotros? Que podamos pronunciar al final de nuestro camino las palabras del Card. Newman: "Dios nunca me ha fallado, Él ha sido siempre conmigo un Dios fiel".

g) Orar desde los acontecimientos de cada día.

Caminar bajo la mirada de Cristo supone saber orar con los acontecimientos de cada día: una clase, la lectura del diario, un viaje en colectivo, el diálogo con un compañero, etc. Todo esto tiene que ser ocasión de interceder, de alabar, de comentar con Jesús nuestras impresiones. El Catecismo destaca la importancia de esta forma de oración:

"Aprendemos a orar en ciertos momentos escuchando la palabra del Señor y participando en su Misterio Pascual; pero, en todo tiempo, en los acontecimientos de cada día, su Espíritu se nos ofrece para que brote la oración. La enseñanza de Jesús sobre la oración a nuestro Padre está en la misma línea que la de la Providencia: el tiempo está en las manos del Padre; lo encontramos en el presente, ni ayer ni mañana, sino hoy: '¡Ojalá oyeráis hoy su voz!: No endurezcáis vuestro corazón' (Sal 95, 7-8).

Orar en los acontecimientos de cada día y de cada instante es uno de los secretos del Reino revelados a los 'pequeños', a los servidores de Cristo, a los pobres de las bienaventuranzas. Es justo y bueno orar para que la venida del Reino de justicia y de paz influya en la marcha de la historia, pero también es importante impregnar de oración las humildes situaciones cotidianas. Todas las formas de oración pueden ser la levadura con la que el Señor compara el Reino" (CEC, nn. 2659-2660).

La oración inspirada en los pequeños hechos de la vida diaria, además de volvernos conscientes de que Jesús está presente junto a nosotros, debe llevarnos a conformar la vida diaria con el Evangelio; es decir, que la vida cotidiana inspira la oración, pero resulta a la vez modificada por la oración. Ejercitándonos en esto, sabremos escrutar los signos de los tiempos, esto es, el lugar donde confluyen la voluntad del Padre para nosotros y las necesidades que brotan de las situaciones humanas de toda índole. Allí es donde el Señor Jesús quiere que le respondamos: en el "hoy" de la voluntad del Padre; sólo así podremos caminar sin temor bajo su mirada y servirlo en su presencia con santidad y justicia todos nuestros días. Es preciso vivir en el hoy, gozar del presente que Él nos regala: el que se evade del presente, ansioso del futuro o nostálgico del pasado, se priva de gustar la compañía del Señor Jesús.

Conclusión

Es clara la gran riqueza que el vivir en presencia de Dios tiene en el conjunto de nuestra espiritualidad, y cómo se entiende y se fortalece al integrarse en este conjunto. Porque, como hemos visto, es un elemento que atraviesa todos los aspectos de la vida cristiana: oración personal, vida común, intelecto, afectividad, trabajo, etc. Y desde todos ellos crece en calidad.

Queda en manos de cada uno y del Espíritu Santo cómo implementar esto, qué aspectos habrá que corregir primero, que medios convendrá aplicar y cuáles no, según el momento en que cada uno esté. Habrá que discernirlo con el director espiritual. Espero que estas reflexiones nos sirvan para comprender mejor la vida de oración a que aspiramos como meta, y sean ocasión más de un intercambio de experiencias e ideas, o también disparador para que alguno de ustedes profundice más aún en alguno de los temas desarrollados aquí.